

Variaciones sobre un texto*

Adolfo Pascale Gálvez

Resumen

Apoyado en las propuestas de la Dra. Luz Porras de Rodríguez sobre **la singularidad del duelo, cuando éste es consecuencia de la muerte de un paciente en tratamiento psicoanalítico, este trabajo aspira a comentar la posición de la autora en relación con su propio texto**, como forma de iluminar -con algún grado de generalización- la **problemática de todo analista** ante este tipo de situaciones que no admiten una reconducción conceptual a las situaciones del duelo extra-analítico. **Ejercicio sobre un texto de otro autor**, resultó ser -él mismo- un texto que, aunque necesariamente Inherente al primero, había cobrado una autonomía suficiente como para justificar la **publicación conjunta**, sin riesgo de redundancias excesivas.

El trabajo de Luz Porras** aspira a comunicar una experiencia psicoanalítica compleja, que en el sentido de la generalización puede inscribirse en el capítulo de lo que la autora va a llamar “duelos generados por situaciones especiales” (pág. 200). En este caso, la situación “especial” enfocada es la del fallecimiento de un paciente (C.A.), en tratamiento analítico, acontecida siete años atrás, y que provoca un duelo en el analista, tramitado hasta un punto en que el proceso de elaboración queda en suspenso. La circunstancia de que otra paciente (M.D.) traiga al análisis la situación que vive con un paciente propio que “va a morir”, produce en la analista una remoción de aquel duelo en suspenso, que exige re-visión y comunicación.

* Miembro Asociado de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay. Dirección: Acevedo Díaz 1537, Montevideo, Uruguay.

** “ANALIZANDO”, presentado en Reunión Científica en APU y publicado en este volumen. El texto de este trabajo fue leído en dicha reunión a modo de intervención.

Ante todo nos interesa centrar el comentario en la formulación que la analista utiliza para comunicar a su paciente (M.D.) el resultado” de su trabajo interpretativo:

“UNO NO SABE QUIEN SE MUERE”

Hemos pensado esta frase como emergente directo del complejo momento del análisis que se nutre de dos afluentes que la autora propone discriminar claramente: el “PROCESO PSICOANALITICO” (del lado del paciente) y el “LUGAR” y la “EXPERIENCIA” (del lado del analista).¹

De cualquier forma, el “UNO” de “UNO NO SABE QUIEN SE MUERE” nombra la confusión especular, al tiempo que la interpretación surge, como globalidad, con un valor ambiguo y de gran eficacia abarcativa, ya que sabremos que apunta tanto a una adjudicación a la paciente-terapeuta que la autora analiza, como a la analista misma, que se confiesa movilizada por el material actual de la paciente actual, hasta un punto en el cual queda señalada la marca propia en el psiquismo de una vivencia anterior: la muerte sorpresiva -siete años antes- de uno de sus pacientes. Dice la autora: *presencia de esa muerte Inminente* (se refiere al paciente de su analizanda), *que remueve en la mente de la analista la muerte de un paciente.*

Quizás haya que aceptar que sin la capacidad para vivenciar lo siniestro no es posible trabajara como analista; invadido por este tipo singular de angustia, tampoco. Son dos extremos. Y entre ambos se despliega la posibilidad de que el analista utilice su aparato psíquico para su función de analista. La experiencia del psicoanalista en tanto que tal no es una experiencia vulgar, ya que el análisis propio -la circunstancia de haberse analizado-, los procesos que lo involucran en los distintos niveles de su formación, multideterminan el cambio psíquico, moldean esta experiencia, la sacan del

¹ “Proceso” en el paciente y “lugar” y “experiencia” en el analista, son dos opuestos conceptuales que discriminan en el orden de la “disimetría” ese momento crítico y puntual de coincidencia entre paciente y analista, testimoniado y superado por el “UNO NO SABE QUIEN SE MUERE”. En la página 192 habrá también proceso en el analista, descrito del siguiente modo: “... proceso analítico que es proceso” no sólo para el paciente sino para la analista, que puede “procesar” en este segundo momento de su trabajo lo que quedó suspendido...”

territorio de lo silvestre e intentan tramitarla de acuerdo a un método” (es decir hacia una meta no azarosa). En eso encontraríamos una de las claves de la “disimetría”, sin la cual la confusión del “UNO” se envolvería a sí misma, sin solución.

Es mérito de la autora la valentía ideológica que implica este mostrarse a sí misma en momentos tan difíciles de su vida de analista.

En el apartado 1) (EL ANALISTA Y SU EXPERIENCIA), en la pág. 181, la autora nos conduce desde la escena actual con su paciente-terapeuta que le trae la agonía del paciente *que va a morir* (como dice en la pág. 188), hasta lo que prefiere llamar *otra escena*, la que ella misma protagonizó siete años antes, en relación con un paciente *ya muerto*. La **impresión** de *déjà-vu* ofrece al trabajo la **expresión** “ya-vi” (que escribo en este apunte con ortografía castellana), que hace juego con *ya muerto* y esto influye en el lector induciéndolo a enfrentarse con una dimensión imposible: la dimensión de **lo siniestro**. El pasado se hace futuro en un presente en el que la autora se muestra trabajando como analista, bordeando un riesgo: el de perderse en una confusión conceptualizable en el registro de los **fenómenos especulares** que forman aparte de **lo siniestro**. Así leemos en la pág. 188: *Años después, durante varias sesiones M.D., una paciente en su calidad de psicoterapeuta,² me relata insistentemente las sesiones a domicilio que tiene con un adolescente portador de una enfermedad crónica en su estado terminal*

El material clínico aportado iba inundando paulatinamente el campo analítico. La representación que me iba formando era tan vívida que casi lo “veía”; hasta mi respiración por momentos quedaba suspendida (el adolescente tenía trastornos respiratorios). Y cito parcialmente la llamada al pie de la misma página, en la que volver a ... esta situación, del lado del analista está sobredeterminada por su historia, lo que favorece lo vívido de la experiencia por revivido.

El camino que conduce a la analista desde la *segunda escena* hacia la *otra escena* (expresiones que en sí mismas evocan la noción de trauma), queda delineado en el trabajo del siguiente modo: (pág. 188)

....Imagen impresa en el discurso de la paciente por una fascinación

² Aquí ¿no sería mejor decir: “una terapeuta en su carácter de paciente”?

especular con la muerte (cautividad imaginaria), donde quedan telescopados “psicoterapeuta-paciente”. La situación queda evidenciada en la analista por la sensación vívida, hipernítida (überdeutlich), casi alucinatoria de la presencia de dicho “enfermo”. Presencia de esa muerte inminente, que remueve en la mente de la analista la muerte de un paciente.

Pasamos así a la escena de siete años atrás: entonces uno de sus pacientes *inesperadamente fallece*.³ Ya aquí se diría que la creencia en la “posibilidad” de “aparición” del “des-aparecido” casi se nombra. La analista se muestra de este modo:

Algunos días después concurrió su esposa a pagarme los honorarios.

*Tuve buen cuidado de no darle la misma hora. Era una situación **siniestra** verla frente a mí, hablando de su esposo.*

En la entrevista manifestó el deseo de saber de él. Quizá este propósito fracasado de encontrar a C.A. “en” la analista iluminó una zona de devastación que trascendía la circunstancia de la pérdida de objeto.

Desde la perspectiva actual la autora nos comunica cómo se conceptualiza a sí misma en aquella circunstancia: (llamada al pie de la pág. 190) *Pienso que una cierta **desestructuración del aparato psíquico, frente al hecho traumático, ha dejado a la analista en ese momento sin una ligadura posible.*** (Subrayados A.P.)

Hay que subrayar las expresiones “hecho traumático” y “desestructuración del aparato psíquico”, porque acotan todavía tímidamente, desde una nota al pie de la página 190, un texto también en esa página engañoso, en tanto que no rebasa aún el nivel descriptivo. Dice:

*C.A. en la **relación analítica.**, no reparable con ningún otro tipo de **lazo social** desplegó la transferencia; con su muerte deja a la analista en una situación de duelo, que por las características del **vínculo analítico, su disimetría** ha quedado “privada”*

³ La palabra “inesperadamente” admite obviamente una descomposición en la partícula negativa “in” y el elemento “esperadamente”, que da cuenta de la precipitación de lo que la autora relata como “situación siniestra”.

*bruscamente de aquello que “hace” al analista: su **analizando**.* (Subrayado de L.P. y A.P.)

El trabajo se despliega, de entrada, en un movimiento hacia la delimitación conceptual, hacia la Investigación de lo que sucede con el duelo cuando proviene de una pérdida acontecida en *la relación psicoanalítica*, y que, por lo tanto, ha tronchado *el vínculo psicoanalítico*, en cuya definición la autora privilegia el carácter de disimétrico. Busca la referencia en el enclave social, en el “LAZO SOCIAL”, que serían propios de los duelos provocados por situaciones no especiales, pero -momentáneamente- lo hace, no para encontrar analogías, sino para destacar, en fórmulas de negación, lo que estas situaciones pueden tener de diferentes. El recurso a la analogía recién será esgrimido en la página 199; en ese lugar, citando a Lifton, se hablará del “efecto desimbolizante del hecho traumático, que destruye la posibilidad de supervivencia simbólica...”; quedará más explicitada la puesta en riesgo de la “identidad Individual”; se aludirá a los duelos infantiles por pérdida de alguno de los padres, cuya muerte “... se lleva consigo un jirón de su ser”. Quizá se trata de la muerte de ese ser-en-(para)-el otro, que sucumbe cuando la memoria del otro ya no es. (De aquí la pregunta: “Quién se muere...”)

Generalización posible en la medida en que los analistas podamos usar conceptos psicoanalíticos para formular lo que está en juego cuando la muerte de un paciente sucede durante el análisis. Pero generalización que no puede ir más allá de sus propios límites, cuando nos preguntamos qué ha significado para “este” analista la muerte de “este” paciente, en “esta” circunstancia. Entonces, sólo ese analista podrá saber -si encuentra caminos para investigarlo- qué ha significado para él esa pérdida (pág. 189):

Luego de la muerte de C.A. había quedado sola, portadora y depositaria del material de un análisis, sabiendo que las palabras del paciente no estaban dirigidas a mí como persona.

El analista como testigo del paciente, que al morir, deja en suspenso la función del analista.

Desaparece la alteridad de la relación analítica, queda sólo uno, que es dos; creándose una situación de pérdida, casi imposible de elaborar. -¿Quién es quien?- Y

es aquí donde hay que agregar la pregunta de la página 188: *¿Quién “se” muere cuando muere un paciente?* Y agregar, además, la interpretación que denuncia y rompe el momento de parálisis especular: *Uno no sabe quién se muere*. Es para responder, en todo caso, que lo focalmente catastrófico de la pérdida, no quedaría explicado por una pura pérdida de objeto. O en todo caso sí, si se acepta que en su desaparición el objeto arrastra algo que era estructura de “la mente” de la analista, funcionando en un vínculo que al romperse no admite las tramitaciones sociales de un duelo común.

Dice la autora en la página 199: *... se podría pensar en que el analista pierde en su función el soporte de un vínculo fantasmático que le pertenece al paciente (y no únicamente a él), y “resta” con material de un vínculo que no es una relación social... tiene para la mente del analista en ese momento un cierto efecto desimbolizante... tienen el sentido de “un hecho traumático especial, que lo compromete en su tarea en ese momento en que quedó en suspenso su función”*.

Ahora la pregunta será (pág. 193): *¿... qué pierde el analista?~ pregunta que reclama entramarse con esta otra (pág. 200): ¿... qué queda en nosotros cuando el otro muere... qué es?*

Aquí la “aritméticas psicoanalítica” muestra que DOS MENOS UNO no es = a UNO. Porque en ese UNO que se denunció en la interpretación clave, es menos y es más que el uno vulgar.

Saben los escritores genuinos que hay crisis especiales que aunque se lleven al ámbito social en el Intento de tramitarlas, que aun cuando se tenga oportunidad de llevarlas al análisis propio, no quedan totalmente resueltas mientras no se consigue escribir algo...

Herman Melville, en “Moby Dick” admira todas las cualidades maravillosas de la ballena, pero se horroriza ante uno de sus rasgos: no tiene un aparato de comunicación, no puede gritar, ni rugir, ni gemir, aun cuando una herida grave la haga sufrir mucho. Está condenada al silencio. Oigamos entonces, una vez más a la autora, con cuyas palabras he querido concluir este comentario (pág. 200):

Esta alteridad que nos “altera” se manifiesta en la necesidad de escribir, comunicar algo del reverso de la muerte. Para que ésta no sea tal en el analista, en su silencio, es necesario salir de la soledad del analista”, escribir, comunicar, crear.